

LA PASIÓN DE CRISTO

“ERA PRECISO QUE CRISTO SUFRIESE”
SAN LUCAS 24,26



Veremos en ese texto porqué Cristo sufrió y cómo llega hacia nosotros los frutos de su Pasión y Salvación.

1 “Por un hombre entro el pecado en el mundo”... (Rom. 5, 12)

Triste es la historia de la ingratitude de los hombres para con Dios. La Sagrada Escritura nos narra el gran acontecimiento de la creación, por la que Dios manifiesta su bondad al comunicarla a las demás criaturas. Dado que la perfección divina es infinita y que ninguna criatura nos puede dar una idea de ella, **Dios creó una gran variedad de seres**, desde los más imperfectos que son los minerales, hasta los más perfectos, que son los ángeles, para que con tanta multiplicidad nos podamos conocer la perfección del Creador.

Como broche de su obra, Dios le dio el ser al **hombre**, el compendio de toda la creación. Compuesto de cuerpo y alma, **engloba en sí mismo el mundo material y el espiritual**. Dotado de inteligencia y voluntad, ha sido **creado a la imagen de Dios**. De este modo, como nos narra el libro del Génesis, al concluir la creación, Dios la contempló y vio «que era

muy bueno todo lo que había hecho» (Gén. 1, 31).

Todo lo que Dios hizo es **muy bueno**. Pero la infidelidad y la desobediencia del hombre y el mal uso de la libertad destruyeron el orden establecido por Dios. El hombre, creado por amor, tenía que mostrar su amor a Dios y así por esto fue sometido a una **prueba**. Prueba de sumisión y obediencia, de reconocimiento de su majestad infinita. El hombre sucumbió y al desobedecer a Dios, cometió una ofensa contra ‘El.

¿Cuál es la gravedad de esta falta?

El que ofende a Dios comete una falta cuya gravedad es infinita: **el pecado**. Pero más aún, al ser cometida esa falta por nuestros primeros padres, los representantes de toda la humanidad, pecaron igualmente todos los hombres: es el **pecado original**. «Por un hombre entró el **pecado en el mundo, y por el pecado la muerte**» (Rom. 5, 12). Así el estado de la humanidad era irreparable, pues el por más que el hombre se intentase satisfacer a Dios, nunca podría pagar una deuda infinita.

«Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom. 5, 20). Dios mismo será el reparador del pecado. Y así da inicio la mayor de las obras de Dios, mayor aún que la creación. No será efecto de su bondad sino más aún, de su **misericordia**. Apenas el hombre peca, Dios le promete un **Redentor, un Dios-Encarnado**, hecho hombre sin dejar de ser verdadero Dios. Que como hombre pueda merecer y pagar por sus hermanos pecadores; que como verdadero Dios esté exento de todo pecado y pueda llevar el mérito hasta lo infinito. La obra de la misericordia de Dios: Nuestro Señor Jesucristo, el Emmanuel (Dios



con nosotros) prometido y esperado durante tanto tiempo...

Ahora bien, si Dios todo lo hace bien y **todas las obras de Dios son perfectas**: ¿podría ser menos buena la obra de la Redención que la de la Creación? La respuesta es sencilla y es lo que vamos a tratar de explicar.

2 “Era preciso que Cristo sufriese”... (San Lucas 24, 26)

Dios, es cierto, hubiese podido perdonar al hombre sin exigirle ninguna reparación en justicia, sino únicamente el arrepentimiento de su pecado. Pero **el sufrimiento del Mesías, su Pasión, fue el método más conveniente**.

La liberación del hombre por la pasión de Cristo era mucho más conveniente a la justicia y a la misericordia de Dios. En cuanto a la **justicia**, porque mediante su pasión le pagaba a Dios lo que le debía el género humano por su pecado: pagaba infinitamente la deuda infinita de la ofensa contra Él.

Convenía también a la **misericordia** porque, no pudiendo el hombre satisfacer por sí mismo al pecado de la humanidad, le dio Dios a su propio Hijo para que lo reparase, según dice San Pablo: «Todos son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, **a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación, mediante la fe en su sangre**» (Rom. 3, 24-25). Y ésta fue mayor misericordia que si hubiese perdonado los pecados sin satisfacción alguna.

3 “Cristo padeció por nosotros”... (I San Pedro 2, 21)

Entre todos los distintos sufrimientos que Jesucristo podía sobrellevar para reparar a la divina justicia, **ninguno sin lugar a duda, mejor que el tormento de su Pasión**. Pues sabemos que para conseguir una cosa el medio más conveniente es aquel que reúne en sí un mayor número de ventajas; y podemos decir que ningún otro medio hubiese empleado Nuestro Señor reúne tantas como su propia Pasión.

Está claro que **cualquier sufrimiento de Cristo**, por el hecho de ser de Cristo, **tiene un**

valor infinito. Una simple lágrima, un simple suspiro de Nuestro Señor, tienen un valor infinito: y por lo tanto bastan para redimir éste y mil otros mundos si los hubiera.

¡Pero cuántas lecciones nos da Cristo en su Pasión! Por ella podemos, en primer lugar, aprender a **conocer cuánto nos ama Dios**, que sobrelleva tantos sufrimientos por nosotros, y a través de esta lección **nos mueve a que le amemos**. Por eso dice San Pablo: «Dios nos ha probado su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (Rom. 5, 8). ¡Qué mayor prueba de amor que todo lo que sufrió por nuestro amor!

Además, con ella Cristo nos ha dado un ejemplo de **obediencia**, de **humildad** y de todas las demás virtudes, necesarias para salvarnos: «Cristo padeció por nosotros y nos dejó su ejemplo, para que sigamos sus pasos» (I Pedro 2, 21). Y también, al ver todo lo que **El quiere sufrir para que no caigamos en pecado**, nos mueve a que nos conservemos limpios de pecado: «Habéis sido comprados a un gran precio; glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo» (I Cor. 6, 20).

Cuando vemos **todo lo que Jesús se atreve a padecer** para que nosotros no seamos castigados, se despierta en nuestro corazón el deseo de **no ser ingratos** para con tanta bondad. ¿Quién podía hacer más de lo que Él ha hecho por nosotros? «Nadie tiene mayor amor que quien da su vida por sus amigos» (San Juan. 15, 13). Lo dijo y lo hizo.

4 “Cuando yo sea levantado de la tierra, lo atraeré todo a Mí”... (San Juan 12, 32)

Si Cristo hubiese sido ajusticiado solamente por el pueblo judío, no hubiese sufrido el **suplicio de la Cruz**. Este suplicio, que era **el más cruel de la antigüedad**, estaba reservado para los esclavos ajusticiados por los romanos. Precisamente, los judíos quisieron humillar en el mayor grado posible a Cristo, y para ello sometieron su sentencia a Pilatos.

Ahora bien, Cristo en su Providencia había ya pensado y querido que **su Pasión fuese bajo**

la forma de la crucifixión. Principalmente, porque de este modo mostraba la relación que existe entre su sacrificio y el pecado que venía a reparar. Como dice Santo Tomás de Aquino, el pecado original consistió en arrancar el fruto del árbol prohibido, y por eso Cristo, quiso que le **clavaran en el árbol de la Cruz**, como para restituir lo que Adán había sustraído. Por un árbol se decretó la muerte de la humanidad, y por otro bendito árbol se abren las puertas del cielo.

5 “¿Qué mas podía hacer por mi viña que no lo hiciera?” (Isaías 5, 3)

Por medio de su Pasión y su Cruz, Jesús sufrió por nosotros cuanto humanamente era posible. **No quedó nada que pudiese sufrir por nosotros**, que no hubiese sobrellevado. Es verdad que Jesucristo no sufrió en particular todos y cada uno de los suplicios que un hombre puede padecer, evidentemente: Cristo no fue degollado ni murió ahogado. No es esto lo que queremos decir, sino que Nuestro Señor tuvo **todos los motivos de sufrimiento** que se pueden reunir en un hombre.

Sufrió en cuanto a **los hombres** que lo atormentaron, porque padeció de los *gentiles* y de los *judíos*; de los *hombres* y de las *mujeres*, como se muestra en las criadas que acusaron a Pedro; de los *príncipes*, de sus *ministros*, de la *plebe* e incluso de sus *familiares* y *amigos*, pues padeció de Judas, que le traicionó y de Pedro, que le negó.

Sufrió **en todo lo que un hombre puede padecer**. En sus *amigos*, que le abandonaron; en la *fama*, por las blasfemias proferidas contra El; en el *honor* y la *gloria*, por las burlas e injurias que le hicieron; en los bienes, pues fue despojado hasta de los vestidos; en el *alma*, por la tristeza, el tedio y el temor; y en el *cuerpo* por las heridas y los azotes.

Sufrió **en todo su cuerpo**: en la *cabeza*, por la corona de punzantes espinas; en las *manos* y en los *pies* por los clavos que los atravesaron; en el *rostro* por las bofetadas y salivazos, y en *todo el cuerpo* por los azotes. Padeció **en todos los sentidos** de su cuerpo: en el *gusto* por la hiel y vinagre; en el *olfato* por la fetidez de los cuerpos que había en ese lugar llama-

do Calvario (=lugar de calaveras) donde fue crucificado; en el *oído* por las voces de los que le blasfemaban y le escarnecían; y en la *vista* al ver como lloraba su Madre y el discípulo amado.

6 “Mirad y ved si hay dolor semejante al mio”... (Lament. 1, 12)

Pero no acaba aquí el dolor extremo de Nuestro Señor, pues aparte de todos los tormentos que sobrellevó, debemos considerar que los hombres pueden sufrir no sólo **físicamente**, con un dolor sensible, sino también **interiormente**, con un sufrimiento moral.

Si en Cristo el tormento físico fue tremendo, se debe decir que **los sufrimientos morales debieron de ser mucho más horribles**, como lo muestra la conmovedora escena de la oración en el Huerto de los Olivos: «padre, si es posible, aleja de mi este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya... lleno de angustia, oraba con más instancia; y sudó como gruesas gotas de sangre que corrían hasta la tierra» (San Lucas 22, 42-44). El sentía en su alma la gravedad de todos los pecados del género humano; la ruina y la caída del pueblo judío y de todos aquellos que tomaban parte en su muerte, principalmente sus discípulos; y sentía que una buena parte de los hombres ni siquiera se iban a aprovechar de su amor y sufrimientos.

7 “Me amó y se entregó por mí”... (Gal. 2, 20)

Y sin embargo, sabemos que todo lo que Cristo sufrió lo sufrió por nosotros. El mismo misterio de la Encarnación, por el que vemos al Verbo hecho carne, está totalmente dirigido a mostrarnos su amor: «por nosotros *los hombres* y por *nuestra salvación, bajo de los cielos*» como rezamos en el Credo. Esta misma verdad es la que nos enseña San Pablo: «Cristo vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Tim. 1, 15).

En Conclusión: Cristo es el Buen Pastor, y el Buen Pastor da su vida por sus ovejas. Pero pensemos que si Él es el Buen Pastor, a nosotros nos corresponde ahora ser las «buenas ovejas». No permitamos que para nosotros

sea estéril toda la obra de la Misericordia divina.

Cristo nos mereció globalmente la salvación en la Cruz. Pero el Viernes Santo ninguno de nosotros estaba delante de la Cruz, por esa razón Cristo confió su SALVACION y su PALABRA a la Iglesia católica que Él mismo fundó (San Mateo 16, 18). Esa salvación llega a nosotros mediante la correcta predicación del Evangelio por la verdadera Iglesia y la recepción digna de los Santos Sacramentos de la Confesión y Comunión. Cristo prometió sólo a los Apóstoles el poder de absolver los pecados (Mt 18,18). Sólo a ellos confirió tal potestad (Juan 20, 23). El día de su Resurrección victoriosa sobre el infierno, el pecado y el demonio, Cristo dijo a sus Apóstoles: **“Como me envió mi Padre, así yo os envío. Diciendo esto, sopló y les dijo: *Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonaréis los pecados, les serán perdonados; a quienes los retuviereis, les serán retenidos*”** (Juan 20, 21-23). Este poder divino pasó de los Apóstoles a sus sucesores

en el Sacerdocio Católico heredero legítimo de los Apóstoles. Únicamente el Papa, el Obispo o el Cardenal, que es también Obispo, y el Sacerdote tienen este poder. Confesarse sin ocultar ningún pecado es recibir el perdón de Cristo. El perdón de Cristo es fruto de la Pasión de Cristo. Los que pretenden confesarse directamente con Dios no obedecen al mandato de Cristo. Viven en la ilusión.

San Pablo:

«Todos son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación, mediante la fe en su sangre» (Rom. 3, 24-25).

San Pablo:

«Dios nos ha probado su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (Rom. 5, 8).

Se aconseja consultar la rica biblioteca católica: <http://www.statveritas.com.ar/Doctrina-INDICE.htm>
Catecismo Romano del Concilio de Trento y Catecismo del Papa San Pío X

Se puede fotocopiar y distribuir este volante; para informarse sobre los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, la Misa en latín y libros católicos, contactar:

Se puede conseguir ese volante en:

Librería Claret: <http://libreriaclaretweb.com/> E-mail: claret@relinsa.net

Guatemala Capital: Librería Claret: <http://libreriaclaretweb.com/>

1ra. Avenida 1-09, zona 2, Colonia El Sauce Tel.: 2505-5300 extensión 7 E-mail: claret@relinsa.net

FRATERNIDAD SACERDOTAL SAN PÍO X (fsspx.mx/es; fsspx-sudamerica.org/es)

GUATEMALA: Capilla Católica Santa María de la Asunción, 9ª calle A 1-45, zona 1 Cd Guatemala

Tel 2212-4508. pri.nsfatima.mx@fsspx.email

Misa en latín con lecturas y predicación en español, cada domingo a las 10:00. Confesiones antes de la santa Misa.

QUETZALTENANGO: Tel. 5167 4205; Correo electrónico: alaxt@hotmail.com o 2212-4508

COSTA RICA: San José: parrasolis@yahoo.com, (00 506) 8871 6105.

COSTA RICA: Aguas Zarcas, luisricardohidalgo@yahoo.com: tel 8986 8616

HONDURAS: San Pedro Sula, fernandogavarrete@gmail.com tel (00 504)-94714006

NICARAGUA: Managua, porfis747@gmail.com, tel (00 505) 8116 5106

www.facebook.com/Amigos-de-la-Fraternidad-Sacerdotal-San-PioX-Nicaragua-Pagina-no-Oficial

REP. DOMINICANA: Priorato del Sagrado Corazón, La Gina de Yamasa, Provincia de Monte Plata, Santo Domingo. Rep. Dominicana. Apartado postal A-25 C. D. Tel. (001) 8294387876.

SAN SALVADOR: Misión de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, Urbanización Buenos Aires, Avenida Alvarado, no # 28, Tel: 2273-5192 ó 2225-3992; 7881 9348 en Guatemala (502) 2479- 5764 ó 2212-4508

MÉXICO D.F. Convento de las Madres Mínimas Franciscanas, Av. Xochiquetzal 249, Col. Santa Isabel Tola.

Misa los Domingos 8:00. Tel. (00 52) 55/ 55 77 29 01

Para conocer, valorizar, defender su fe católica y contestar a las acusaciones protestantes:

Lea y propague **El Breve Catecismo Católico, Bíblico y Apologético.**

Contiene 282 preguntas y respuestas acerca de la fe, moral, sacramentos y oración con muchísimas referencias bíblicas. Se puede conseguir en las direcciones que están arriba.

Se puede bajar de: www.catolicidad.com/2014/02/breve-catecismo-catolico-biblico-y.html